

Narraciones*

*Miguel Ángel Hinojosa Carranza***

Así que...

Hoy es viernes de quincena, Efrén está feliz, para él, como para la gran mayoría de nosotros, los días de paga son los mejores del mes, antes de salir de casa se arregla, ve el reloj, es buena hora, no se puede decir que sea temprano pero hay tiempo, él es muy precavido y siempre se toma su tiempo, no le gusta dejar nada al azar, es –por decirlo así– meticuloso, sabe bien que en el detalle está la clave; revisa su atuendo una y otra vez, no le gusta, cambia de playera hasta que queda satisfecho, hoy eligió una ajustada color blanco con franjas rojas muy ceñida y otra más holgada, amarilla fuerte por fuera, ya no es joven, más bien es un hombre maduro, pasa de 33 pero aparenta menos edad, se conserva delgado, atlético, es alto y de tez blanca, pelo corto, casi al rape, ojos verdes y nariz aguileña, su rostro muestra cicatrices de acné, son de hace algunos lustros pero ahí están, no se han borrado ni lo harán; sus pantalones de mezclilla muy sueltos, los tenis, la gorra, también le ayudan a verse más juvenil, come algo, lo que encuentra, toma su mochila grande, amplia, estilo deportivo, se despide de su má, un beso y un abrazo, no muchas palabras, no mucha plática, a él no le gusta eso, siempre lo evita.

* Textos escritos durante el Taller de “Literatura y creación literaria” de La Casa de la Primera Imprenta de América, de la Universidad Autónoma Metropolitana.

** Maestro en psicología social de grupos e instituciones. Jefe de la Sección de Publicaciones de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM-Xochimilco.

Sale a la banqueta, busca la sombra, siempre la sombra, no le gusta el sol, sus lentes negros le ayudan a mitigar la agresividad de la luz; llega a la esquina, dobla hacia la avenida para abordar su pesero, viene lleno pero no tanto, le toca ir de pie, no importa, no es mucha la distancia que debe recorrer y es un trayecto tranquilo hacia el metro Constitución de 1917, casi no hay semáforos, el tránsito es fluido, llegan rápido, su paso ligero, ágil al andar, le ayuda a ser de los primeros en llegar al andén y abordar hacia Coyuya, son nueve estaciones pero se le hace un camino largo, lento, se obliga a pensar, siempre que está ahí lo hace, aunque no se acostumbra, por más que quiere no lo dejan, siempre lo distraen: las chicas que suben en UAM-Iztapalapa, el ruido de los vendedores ambulantes que no paran de gritar: “llévelo, llévelo, de a 10, de a 10, el mejor regalo, la promoción para el niño, para el estudiante, para la damita y el caballero, llévelo, llévelo, de a 10, de a 10”, él se pierde, se distrae por un rato, pero vuelve a sus pensamientos, a lo que le interesa, conforme más se acerca a su destino más se pone a pensar, que esto, que aquello, que lo otro, que cómo le va a hacer, que si mejor así, que si mejor de otro modo, el qué decir es importante, siempre es importante la forma de hablar y de dirigirse a los demás, el cómo te paras, el cómo los ves, los movimientos, rápido y firme, en todo, así le gusta ser, por eso eligió ese trabajo, aunque por más que lo hace, por más que lo practica siempre queda un poco insatisfecho, pero al final ya sabe que todo sale bien y si no, de todos modos hay arreglo, siempre hay más allá, para todos y para todo, se necesita práctica, labia, ser persuasivo, él prefiere eso, las palabras a los actos, los acuerdos antes que los enfrentamientos, de cualquier modo siempre están ambas posibilidades, la vida es eso, un infinito eslabonamiento de posibilidades.

Ya en Aplatlaco ve los autos que corren paralelos al metro por el eje 3 en dirección a Ermita, van a buena velocidad, eso es bueno porque ya está a sólo dos estaciones de Coyuya, donde se baja para abordar el pesero hacia la UAM, de regreso, en sentido contrario al que va ahora, eso le gusta, el sentido contrario, él eligió ir contra el flujo, contra la corriente, eso le apasiona, le hace sentirse fuerte, poderoso, dueño de la situación, del momento, del fugaz instante en el que ya estando en la unidad y a sólo unas calles antes del metro Iztacalco saca

su revolver smith & wesson .44 del especial, el corto, el manejable, el que no hace bulto ni llama la atención, el clásico para trabajar y, a eso vino hoy como siempre, desde hace muchos años, a ganarse lo de la quincena, así que...

Aquel hombre y su *misterio*

Lo más sobresaliente de él eran sus *dos patillas* y *el paraguas*, las primeras destacaban por su negritud, que resaltaba sobre esa piel pálida e inmutable como una *máscara*; el segundo porque parecía una *garra*, peligrosa extensión de su cuerpo: alto, delgado, de cabeza pequeña y calva, rostro tétrico, de un solo ojo *acusador*, narizón, con una gran joroba que le daba aspecto de *buitre*; acrecentaba dicha apariencia lúgubre con la gabardina, también oscura, que le cubría casi por completo. El hombre no presagiaba más que un *torbellino* infernal, una *tragedia fatal* que podría cambiar mi vida para siempre.

Era de noche, estábamos en la calle, a las puertas del *circo* con su feria; la *niebla* cubría casi en su totalidad la *luz azul* de los anuncios que, intermitentes, más que invitar a pasar, me empujaban a retroceder. Sin lugar a dudas era su *reino*, su *dominio*, quise volver tras mis *huellas* pero comprendí en un segundo que era demasiado tarde, así que cambié de *estrategia* y decidí volverme su *espejo*, ser tan tétrico como él. Mi voz sonó *implacable* cuando le pregunté: ¿qué quieres!

El hombre titubeó, se encorvó aún más, tragó saliva y reveló entonces con voz apenas audible su *misterio*, su *secreto* que no era ningún *plan infernal*, ni nada que se le pareciera. Había jugado todo a la *ruleta*, apostando una y otra vez al *número cero*, su *talismán*, el de la suerte, que le daría más que el dinero y el *oro*, el poder, para convertirse, aun a pesar de su apariencia, en todo un *rompecorazones*. Sin embargo, todo había salido mal: su dinero desapareció y con él sus sueños, sus ilusiones y... ahora, sólo quería tres pesos y un boleto del metro para regresar a casa.

Hoy dijo no

Soledad, la niña, la adolescente, la de la sonrisa triste, la del silencio, la de la presencia ausente, la de todos los días y a toda hora: sí mamá, sí maestra, sí Teresa, sí Carlos, la del sí, sí, sí. Hoy se levantó temprano, como siempre, no encendió la luz, como siempre, trató de no hacer ruido, como siempre, se molesta Teresa, su hermana mayor, caminó por el cuarto oscuro, abrió la puerta del baño, estiró el brazo y tocó el botón de la luz, se sentó y orinó pausadamente, sintió el alivio de su vejiga, tomó papel y se limpió, apenas tocándose muy levemente, de abajo a arriba como le enseñó su madre, lo echó al cesto, se levantó, se despojó de la ropa y se bañó. Salió, tomó su uniforme de secundaria y se vistió en el pasillo: calzón, corpiño, calcetas blancas hasta las rodillas, falda a cuadros también hasta las rodillas, chazarilla blanca con cuello gris a cuadros, suéter verde; aretes y pulsera dorados de auténtica fantasía, cepilló el cabello y lo adornó con una diadema, bajó.

Otra vez lo de siempre, huevos y frijoles, tortillas y café para desayunar y, otra vez lo de siempre: ese silencio pesado entre ella y su madre, la mirada de reproche, de búsqueda, de cuestionamiento hacia ella, hacia ella también las órdenes, las recriminaciones, el te tardas mucho, ya es muy tarde, qué no ves qué hora es, por qué no te apuras, mira nada más cómo traes ese uniforme, qué no sabes planchar ni lavar, está todo percutido, y los zapatos, por qué no los boleaste, y otra vez más: se te va a hacer tarde chamaca, no sirves para nada, deberías de ser como tu hermana, ella sí me ayuda no como tú, tú ni para la escuela sirves, ya quiero que termines la secundaria para que te pongas a trabajar y bla bla bla, por fin terminó el desayuno y el sermón.

Ahora la escuela, 7:20 y llegó al punto, un minuto más y le cierran la puerta, la credencial, ¡olvidó la credencial!, ¡carajo!; otro sermón y para eso Elba Esther, la maestra, es buena: ¿por qué no traes credencial?, ¿no puedes hacerte cargo ni de lo más elemental de tu persona?, cuélgatela en el pescuezo para que no se te olvide, con esta ya es la tercera vez, para la otra vamos a llamar a tu mamá y ya sabes cómo se pone, anda al salón que va a empezar la clase.

La clase, la clase, aburrición total: raíz cuadrada, fórmulas físicas, elementos químicos, fechas y personajes de la historia, todas y todos

olvidables, ¿a quién le importa eso?, ¿para qué le va a servir?, una tras otra, todas las materias son iguales, no muy les entiende, no muy le gustan, pero debe cumplir; entre una y otra diez minutos que son un oasis: cambiar de salón, ir a los laboratorios, a los talleres, correr apurada al baño, a las prisas, pero más tardar en entrar que en salir porque hieden que dan náusea. A las 10:30 el descanso, otra vez sola, otra vez, torta de frijol con huevo y boing, no está tan mal, otras de plano no traen nada; le gusta sentarse en la jardinera, alejada de todo y de todos, a la distancia, verlas pasar, a sus compañeras claro, escuchar las carcajadas, sus pláticas a lo lejos, sólo unas palabras, frases entrecortadas, verborrea incesante que no dice nada pero que llena mucho; ver sus caras, los dientes blancos, los labios rojos y las mejillas rosadas, los movimientos de su pelo, de sus caderas, verlas a ellas, sus muslos, las pantorrillas dibujadas por las calcetas, la piel de sus brazos, de sus manos, la finura de los dedos y el esmalte, el brillo de las uñas; los pechos apenas en forma, apenas delineados, las nalgas que se adivinan duras, redondas, suaves, le gustan y le gustan de más, no es sólo un le gustan y ya, no, es más que eso, es grabarlas en su mente, llevarlas consigo, pensar en ellas, soñar con ellas, fantasear con ellas. Media hora no es suficiente para ello, media hora no es nada para recordar y menos para olvidar la escuela y sus deberes así que... a seguirle otra vez, otra vez, todo se repite, todo es constante-monótono-rutinario-predecible: español, civismo, biología, otro día más de escuela.

Salir de ahí, huir de ahí, andar por la calle bajo el sol, sentir el aire, refrescarse, estar libre, no sentir presión, ir a su paso, a-su-pa-so-a-pa-si-to, des-pa-cio-que-na-da-o-cu-rre, dejar atrás las cosas, su casa y la escuela, las calles, los postes, los cables, el ruido, los semáforos, el tránsito; ir al jardín con su quiosco, con el señor de las frutas, el bolero, el de los raspados y el palettero, los niños corriendo con sus mochilas, con sus juegos; perderse ahí, estarse ahí, nada más, solita, rodeada de esos desconocidos tan conocidos para ella; nomás mirándolos, viendo a la gente pasar, otra vez viendo, cómo le gusta mirar, fijarse en todo, en el color de los adoquines, en las grietas que se forman en ellos y en las líneas que los dividen, donde de vez en cuando, aunque parezca increíble, crece una flor, porque la vida es así, en el menor

resquicio, en el más estrecho lugar, crece, crece, Soledad lo sabe, a sus catorce lo sabe, no al cien por cien pero su cabeza se lo dice; por eso se fija en todo, en todo: en las pequeñas rejas verdes en forma de ola que le separan del jardín, del pasto donde le gusta descansar, echarse a pensar, a pensar, cuánto le cuesta ponerse a pensar, recordar, pero sobre todo cuánto le cuesta decidir, hasta hoy, hasta ahora, todo en su vida se repite, recapitula, pasa por su mente su día a día, recuerda con detalle cada instante, cada hecho, cada palabra, cada acto en y contra de ella; ha llegado al límite, no está cansada, está indignada, no está harta, está dispuesta, ahora está decidida, ella aún no lo sabe, pero lo está; mientras tanto, otra vez volver a casa, otra vez se hace tarde.

Son más de las cuatro, ya hace hambre, en el refrigerador, otra vez, arroz y claro, más frijoles, más tortillas, a calentarles pues, mientras esto ocurre, prepara una salsa, un sencillo pico de gallo: chile verde, jitomate y cebolla, mucha cebolla que le hace llorar, llorar, llorar; toma con más fuerza ese filoso cuchillo que ya no quiere soltar, acelera la acción y pica con más velocidad cada rodaja, cada cuadro; termina y se siente liberada, más ligera, casi etérea, vuelve en sí y continúa en lo suyo porque, ya sabemos, el hambre es canija pero más el que se la aguanta y ella, ella, no es de esas, porque para eso del buen comer, Soledad se pinta sola, aunque esté sola, ella se sirve, no come, devora, traga, no mastica, termina pronto y... a descansar acostada frente al televisor, guarda su mano debajo del cojín, lo siente suave, cálido como un refugio en el congelador de su hogar; el sueño casi la vence esta vez, pero hay ruido, son más de las siete, es la llave, quizás es mamá o Teresa, ella no se mueve de su lugar, hoy no hizo nada, no quehacer, no trastes, no trapeador, no limpiar pisos, no lavar ropa y mucho menos planchar, ya se las arreglará, pero no, no es ninguna de ellas, la presencia es aún peor, son esos brazos que no abrazan, que aprietan, que asfixian, que cansan, que ahogan; son esas manos que no quiere volver a sentir, que sujetan, que duelen, que pegan, que desabotonan, que desvisten; son esos dedos que penetran, que insisten, que abren, que duelen, que tanto duelen; es esa boca que apesta, esa lengua que invade, esos dientes que muerden, esa voz que no quiere oír, esa sonrisa imbécil que insulta, que lastima, es ese jadeo incesante que cala, que enloquece, que revuelve el estómago, es ese

aliento que no la deja dormir, esa mirada que no quiere ver, es Carlos, su tío Carlos, el intocable, el “ejemplar”, el “educado”, el “amable”, el estudioso, el “recatado”, el protegido de mamá, el sacerdote, es ese imbécil otra vez, pero hoy, hoy no se saldrá con la suya, hoy nada de eso va a pasar, porque hoy, hoy ya lo esperaba con la furia, con la rabia, con el coraje de quien decidió decir no, ni hoy ni nunca más; se acabó, se acabó esto y lo otro, terminó el sí, sí, sí, terminó la amenaza, terminó el chantaje, terminó el miedo, terminó el abuso, todo eso quedó atrás, como las calles, como los ruidos, como los autos; él se acerca y ella saca del cálido refugio su fortaleza, su resguardo, clava la fina hoja de metal una y otra y otra vez, se libera al fin, habrá que contarle todo, habrá que gritarlo todo, habrá que detenerlo todo de una maldita vez, en fin, ya nada volverá a ser como siempre, porque hoy, hoy dijo no.